

NOVENO PISO

...esa profundidad secreta del alma humana donde las sombras de otros mundos pasan como las sombras de barcos sin nombre y sin hacer ruido. *The Gift*. Vladimir Nabokov

Somos continuamente seres arrojados por los otros, que a cada nuevo día tienen que volver a encontrarse, recomponerse, reconstruirse. *El sótano*. Thomas Bernhard

LINA MARÍA
PÉREZ GAVIRIA

ILUSTRACIÓN
CLARA INÉS VELÁSQUEZ

Faltan seis minutos: un toque en el pelo, rojo en los labios, culo apretado. Tres minutos: lluvia de perfume, dos copas de astringosol. Un minuto: el espejo elogia su personaje. Malditos tacones, no hay tiempo de cambiarlos. Sofía sale del apartamento y se planta ante el ascensor. Idéntico guión todos los días, los mismos ruidos: la puerta del vecino se abre y segundos después se cierra con tres vueltas de llave. Gabriel Mayoral con su metro 82 de hombría, gracia e indiferencia se para junto a ella.

Sofía imperturbable. Él hunde la nariz en su I Pad. Cada mañana, dentro del ascensor, se mezclan fragancias de dos personas impecables recién inventadas y dispuestas para crear el mundo. Estatuas comprometidas en sus simulaciones: la de él aparenta apatía hacia la diaria mujer espléndida; la de ella, un paso tras él, aguanta su agitación ante la nuca varonil, espalda de dios y nalgas acariciadas por el paño inglés. El ascensor, una urna de tiempo que dura nueve pisos lentos, nueve cadencias unísonas del motor en medio de dos silencios sincronizados. Ella no consigue siquiera un gesto, una estúpida frase convencional. Qué le cuesta un “buenos días”, “habrá calor”... Nada. El hombre, tras el escudo electrónico, simula un robot programado para ignorarla. A punto del primer piso, Sofía toma aire, aguarda el minuto siguiente, míreme, socórrame con una palabra, salve mi corazón desesperado por usted imbécil.



Chel

Desocupan el elevador casi juntos con un abismo entre los dos, cada uno a su rutina. Frente al mesón del recepcionista, Carlos, remedo de Brad Pitt, los contempla:

—Buenos días señorita Sofía, buenos días doctor Mayoral—.

Gabriel se encapsula en su Peugeot platinado. Ella desfila con contoneos de ejecutiva por la acera paralela a la calle. Él simula ignorar la provocación de Sofía. Ella lo sigue con la mirada hasta que la cabeza de su hombre —que no es suyo, pero un día lo será—, se convierte en un punto negro. Guarda su rabia afirmando el desafío, y desdobra su actuación. Regresa al edificio, repudia el saludo del Brad Pitt con una mirada de hielo. Ascensor, nueve pisos lentos, nueve cadencias unísonas del motor acompasadas con su frustración. Maldice su apartamento, lanza los tacones al aire, se quita el maquillaje y el disfraz. Ante el espejo: —Imbécil.

Sofía aterriza en su mundo sin Mayoral. La impiedad cotidiana del zumbido del computador renueva su odio por el Dr. Till y la traducción del alemán de un texto sobre farmacología clínica. ¡Al diablo las concentraciones de plasma y enzimas con nombres de quince letras! Puro tedio para una mujer independiente sin opciones profesionales. ¡Ni humanas! Pero el azar es como un caucho y ella se propone estirarlo hasta que la vida la compense con algún suceso, una ilusión, la desmesura de un incentivo: un hombre como Gabriel Mayoral, por qué no, que libere el resto de su juventud y pueda mandar al diablo los cinco años de la desalmada relación virtual con el Dr. Till.

Sofía y Gabriel comparten un muro entre sus apartamentos. Para ella es una metáfora de la indiferencia inexplicable entre jóvenes bellos y solos. Él apareció hace siete meses en el edificio. Bastó su figura, su mirada altanera y sus manos soberbias para tomar la decisión de capturarlo. Primero inventó la farsa diaria de la ejecutiva. ¡Oh casualidad! se topa todos los días con el vecino a la misma hora en el ascensor. La licuadora de su obsesión mezcla esos minutos como una aventura para provocar al hombre displicente. Carlos, el ángel bello, guardián del edificio, la observa siempre con sorna, disimula y sospecha de su juego. Ella contonea sus caderas ante él, lo desafía para que se le escurran las babas por una mujer fuera de su alcance. ¡Qué tal el atrevido!

Sofía afianzó su testarudez. Se arriesgó a violar la correspondencia de Mayoral logrando que el otro conserje de turno - ¡nunca Carlos!- se la entregara con el pretexto de entregarla a su vecino. Supo que era jefe de una corporación financiera y miembro de una tertulia literaria. Se volvió experta en transgredir diariamente los sobres y dejarlos vírgenes otra vez. Lo conoció por sus saldos bancarios, la cobertura de su seguro exequial, los beneficios del club de golf, las cuentas, las invitaciones...

Frustrada por la indiferencia, cambió el simulacro de la ejecutiva de las mañanas para la noche. Con tiempo de sobra, se escondía dentro de la cabina de teléfono frente al edificio. Cuando el hombre aparecía dentro de su *Peugeot* platinado Sofía atravesaba la calle. ¡Qué casualidad! Ella, aderezada con tacones y astringosol emergía para ascender las alturas al lado del ejecutivo, casi siempre hierático como un faraón con su mirada imantada por el *tablet*. El

Que ningún dios ni su conciencia ni su espejo se atrevan a arruinar el milagro. El ficus y esa boca perfecta posada en sus labios encogen sus frustraciones. Dos premios para estirar a su antojo. La llave deja de ser un objeto común. El pedazo de hierro dentado se crece, se ancha, se yergue. Con la obsesión puesta en Gabriel, recorre su cuerpo con la llave plateada abriendo cerrojos atascados en su mente y en su cuerpo con el furor de amante insaciable.

Brad Pitt guardián simulaba ignorar la patraña con un discreto saludo a los dos residentes. Sofía percibía que el morbosos portero moría por meterle la mano bajo la falda. ¡Ni lo sueñes tontaso, me guardo para mi vecino!

De tanto rumiar la desesperanza limitó su burdo sainete a dos o tres veces por semana y se concentró en terminar la maldita traducción del Dr. Till con rabia contenida. Apartó de sus ahorros una semana de crucero para solteros por el Mar Caribe. Necesitaba un tratamiento de emergencia contra el aislamiento y la estúpida obsesión por el hombre de plomo. Empacó la maleta con todos los corajes: se iba a despabilar, claro, por qué no; se mostraría disponible, con moderación, eso sí, y no iba a tener recato para cazar, desde el principio, a un soltero desechable. Una aventura de una semana no hace daño a nadie. Después de todo, su vecino no es más que una envoltura de fino paño inglés sobre un maniquí fugitivo.

El timbre de la puerta interrumpió sus propósitos. Era Gabriel Mayoral plantado con sonrisa de dios y el magnetismo de su estampa. Sofía disimuló su mirada de perro hambriento olvidando que estaba vestida como la prisionera del Dr. Till. Con voz y ademanes de caballero vino a pedir un favor y ofreció una copa en su apartamento. La posibilidad de entrar en el templo del hombre la catapultó a la puerta. Palabras convencionales, biografías a retazos, menciones de encuentros casuales en el ascensor, las maromas del clima... Por fin al grano, el hombre señaló la materia al lado de la ventana:

—El ficus. Lo cuido con mucho esmero... Voy a París durante tres semanas y... ¡No se puede marchitar!

Acuerdo sellado con sonrisas y un *Cabernet* exquisito. Sofía recibió la instrucción: agua tres veces por semana y rotación para que el sol alegre las hojas. La llave, una pieza de acero común pasó a ser la llave de la dicha en la palma de su mano. La sintió como una plancha hirviendo impregnada con el calor del hombre. ¡Tres semanas sin él, sin sus pasos, sin sus simulacros para verlo! La llave sirvió de paliativo, y empezó a rumiar alguna bribonada. Él le entregó, además, tres tomates, dos cebollas, medio queso *Camembert* y una bolsa de leche para que no se dañaran en su nevera. Ella decidió congelar en la suya la semana caribeña y no permitió el sabotaje de sentirse una caneca de alimentos

a punto de podrirse. Besos tímidos en mutuos cachetes, sonrisas flojas. Gracias mil, de parte de él, no es molestia y feliz viaje, dijo ella. Él la tomó por la cintura y le dio un beso timorato en la boca que en la pantalla mental de Sofía fue un signo inequívoco de avance.

Que ningún dios ni su conciencia ni su espejo se atrevan a arruinar el milagro. El ficus y esa boca perfecta posada en sus labios encogen sus frustraciones. Dos premios para estirar a su antojo. La llave deja de ser un objeto común. El pedazo de hierro dentado se crece, se ancha, se yergue. Con la obsesión puesta en Gabriel, recorre su cuerpo con la llave plateada abriendo cerrojos atascados en su mente y en su cuerpo con el furor de amante insaciable.

Por la mañana, pegada a la puerta, reconoce los pasos del viajero camino al elevador. El hombre, arropado en la fantasía de tres semanas parisinas, no sospecha que su vecina tan amable ella, tan jocosa ella, violaría su mundo, no como una simple curiosa sino como la más insidiosa y atrevida transgresora de su intimidad.

El ficus apacible es la única señal de vida en el territorio de Mayoral. Sofía afina su osadía. En el único cuarto se tiende sobre la enorme cama. La almohada parece exhalar el tenue aroma del hombre que imagina paseando su figura de dios en los Campos Elíseos y siendo objeto de las miradas femeninas. En el baño, templo de la intimidad, Sofía fanfarronea ante el espejo y orina con fruición casi morbosa para imponer su presencia esencial en el mundo



de Gabriel. Desnuda su cuerpo con el deseo de fundirlo en algún rastro del hombre a quien presume deleitándose en París sin ella. La ducha de agua tibia alivia sus ansias. El jabón verde menta, ¡el mismo que ha recorrido el cuerpo de Gabriel! se deja deslizar por su piel, serpentear por sus guaridas y devorarla hasta el éxtasis, imaginando que aquel beso de la despedida camina erotizado por su cuerpo.

El aire del apartamento del viajero le sienta bien a Sofía. Su ropa acomodada con minucia, sus pijamas, sus camisetas, su agua de colonia la seducen más que su portátil. La aburrida tarea sobre plasma y enzimas volvió a ser aplazada. Prefiere escudriñar cada rincón y descubrir la vida doméstica de Gabriel Mayoral. Con la vida del hombre en la palma de la mano adquiere el poder para su conquista definitiva.

El cajón del escritorio cerrado con llave impulsa su curiosidad y logra abrirlo. Sobres, cartas manuscritas, recibos, folletos... Docenas de fotografías anuncian un banquete de secretos. Estremecida, Sofía descubre dos figuras desnudas en diferentes enlaces de cuerpos. No le conmueve la insolencia expuesta en poses y gestos perturbadores, sino reconocer a Gabriel Mayoral y a Carlos, el Brad Pitt guardián, cobijados con una aureola indescifrable de complicidad.

Terminó de leer el programa *Paris en rose* para dos personas durante tres semanas. Lo guardó con las fotos de los amantes en el cajón con llave. Qué más da, qué me importa. Regresó a dormir a su guarida con la percepción de estar poseída por una capa de odio pausado que rompió las entrañas y desató ocurrencias perversas. Mañana mismo a primera hora, sí, a primera hora, buscará un apartamento en el otro extremo de la ciudad para olvidar al fante de su vecino.

Gabriel Mayoral volvió con ínfulas secretas en sus movimientos, en su andar, en sus gestos. Al abrir la puerta, el olor putrefacto lo paralizó, y en seguida, el impacto de la visión. Regadas por el piso estaban las hojas del ficus en medio de tierra y pedazos de materia. Y lo inimaginable: tres semanas atrás los tomates, dos cebollas y medio queso *Camembert* frescos, ahora se rebelaban como cadáveres repugnantes. Los huevos yacían reventados sobre el sofá blanco. ■

Lina María Pérez Gaviria (Colombia)

Narradora bogotana con ancestros antioqueños. Ha publicado: *Cuentos sin antifaz*; la novela *Mortajas cruzadas*; *Vladimir Nabokov: A la sombra de una nínfula*; *Cuentos punzantes*, *Cuentos a las finas hierbas*, *Cuentos colgados al sol*, y los relatos infantiles *Martín Tominejo*, *El cazador de ruidos* y *El esqueleto indiscreto*. Ha obtenido reconocimientos como: el Premio Internacional de Cuentos Juan Rulfo convocado por Radio Internacional de Francia en 1999, el Premio Nacional de Cuentos Pedro Gómez Valderrama 2000 y el XXXII Premio Internacional de Cuentos Ignacio Aldecoa, España 2003.